

Richard Powers

Patio de recreo



AdN

Richard Powers

Patio de recreo

Traducido del inglés por
Teresa Lanero Ladrón de Guevara

AdN

Derechos de traducción al español acordados con Melanie Jackson Agency, LLC.

Primera edición: marzo de 2025

Diseño de colección: Summa Branding

Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Richard Powers, 2024

© De la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-78-0

Depósito legal: M. 102-2025

Printed in Spain

*Para Peggy Powers Petermann (1954-2022),
que me regaló un libro sobre los arrecifes de coral
cuando yo tenía diez años.*

*Y para RayRay, viejo amigo:
setecientas cincuenta mil...
no, que sean un millón de gracias.*

Antes de la tierra,

antes de la luna,
 antes de las estrellas,

antes del sol,

antes del cielo,
 antes incluso del mar,

solo había tiempo y Ta'aroa.

Ta'aroa creó a Ta'aroa. Luego creó un huevo que lo albergara.

Puso el huevo a girar en el vacío. Dentro del huevo giratorio, suspendido en esa vacuidad interminable, Ta'aroa se acurrucó y esperó.

Con todo ese tiempo sin fin y esa espera eterna, Ta'aroa se cansó de permanecer dentro del huevo. Sacudió entonces el cuerpo, rompió la cáscara y salió de esa prisión autocreanda.

Fuera, todo era silencioso y tranquilo. Y Ta'aroa vio que estaba solo.

Ta'aroa era un artista, así que jugó con lo que tenía. Su primer material fue la cáscara de huevo. La machacó en innumerables trozos que dejó caer. Los pedazos de cáscara descendieron hasta formar los cimientos de la Tierra.

Su segundo material fueron las lágrimas. Lloró de aburrimiento y soledad y sus lágrimas llenaron los océanos de la Tierra, los lagos y todos los ríos del mundo.

Su tercer material fue el hueso. Utilizó su columna vertebral para formar islas. Aparecieron cordilleras allá donde las vértebras se elevaban sobre los charcos de lágrimas.

La creación se convirtió en un juego. A partir de las uñas de manos y pies formó las escamas de los peces y los caparazones de las tortugas. Se arrancó las plumas y las transformó en árboles y arbustos que llenó de pájaros. Con su propia sangre extendió un arcoíris por el cielo.

Ta'aroa invocó a los demás artistas, que acudieron con cestas llenas de materiales: arena y guijarros, corales y conchas, hierba y hojas de palmera, e hilos obtenidos de las fibras de diversas plantas. Y, junto a Ta'aroa, los artistas dieron forma y esculpieron a Tāne, el dios de los bosques, de la paz y de la belleza, y de toda la artesanía.

Después, los artistas dieron vida a los demás dioses, a montones de ellos. Los amables y los crueles, amantes, ingenieros y embaucadores. Y esos dioses llenaron el resto del mundo incipiente de colores, líneas y criaturas de todo tipo: terrestres, aéreas y marinas.

Tāne decidió decorar el cielo. Jugó con las posibilidades y salpicó la negrura con puntos de luz que giraban alrededor del centro de la noche formando grandes remolinos. Creó el sol y la luna, que dividieron el tiempo en el día y la noche.

Ahora que había días y meses, ahora que el mundo estaba salpicado de vida que se ramificaba y extendía, ahora que el cielo era en sí mismo una obra de arte, era el momento de que

Ta'aroa concluyera su juego. Moldeó y dividió el mundo en siete capas, y en la última colocó a las personas, con quienes podría jugar al fin.

Observó que averiguaban cosas y eso le encantó. La gente se multiplicó y llenó la capa más baja como los peces llenan un arrecife. La gente encontró plantas, árboles, animales, conchas y rocas, y con todos esos descubrimientos hizo cosas nuevas, igual que Ta'aroa había hecho el mundo.

Al crecer en número, los seres humanos se sintieron acorralados. Por eso, cuando descubrieron el portal que conducía al nivel del mundo que se extendía por encima del suyo —la puerta que Ta'aroa había ocultado para ellos—, abrieron a la fuerza, cruzaron el umbral y comenzaron a multiplicarse de nuevo por una capa superior.

Y de este modo, la gente llenó un nivel y ascendió al siguiente,
llenó un nivel y ascendió al siguiente, una y otra vez.
Sin embargo, todas y cada una de aquellas
capas nuevas pertenecían a Ta'aroa,
que había puesto en movimiento
todas las cosas del mundo
desde el interior
de su huevo
giratorio.

Hizo falta que una enfermedad se comiera mi cerebro para ayudarme a recordar.

Una noche de diciembre de hace casi cuarenta años, volvíamos los tres desde el campus a casa. Era el año en que Ina había pisado por primera vez un continente. Habíamos visto una representación teatral universitaria de La tempestad y ella se había pasado llorando todo el último acto. Por más vueltas que le di, yo no entendía por qué.

Rafi y yo la acompañamos a su residencia, situada a una decena de manzanas del Quad. Ina no estaba acostumbrada a las calles rectas. La desorientaban. No paraba de darse la vuelta. Todo la distraía y la detenía en seco. Un cuervo. Una ardilla gris. La luna de diciembre.

Rafi y yo intentábamos calentarla, uno a cada lado, el doble de altos que ella. Su primer invierno de verdad. El frío era criminal.

Ella no paraba de decir:

—¿Cómo puede vivir la gente con esto? ¿Cómo sobreviven los animales? ¡Es una locura! ¡Un disparate!

Entonces se paró de golpe y nos agarró a los dos del codo. Su cara enrojecida tenía una expresión de asombro.

—Dios mío, mirad eso. ¡Mirad eso! —Ninguno de los dos sabíamos a qué demonios se refería.

Unas bolitas caían por el aire y aterrizaban sobre la hierba con un débil chasquido. Se quedaban pegadas, como flores blancas y húmedas, a los extremos de las briznas de hierba congeladas. Yo ni siquiera me había dado cuenta. Rafi tampoco. Niños de Chicago acostumbrados al efecto lacustre.

Ina nunca había contemplado nada parecido. Veía que del cielo caían trozos de cáscara de huevo para crear la Tierra.

Se quedó allí plantada, sobre la acera de hierro, muerta de frío, mientras se metía con nosotros partida de risa.

—Pero ¿habéis visto eso? ¡Mirad, pedazo de estúpidos! ¿Por qué no me habíais hablado de la nieve?

Ina Aroita bajó a la playa un sábado por la mañana en busca de materiales bonitos. Se llevó con ella a Hariti, de siete años, y dejó en casa a Afa y a Rafi, que jugaban en el suelo con unos robots transformables. La playa estaba a un paseo corto de su cabaña, cerca de la aldea de Moumu, en la ligera elevación entre los acantilados y el mar de la costa este de la isla Makatea, en el archipiélago Tuamotu de la Polinesia Francesa, todo lo lejos de cualquier continente que puede estar un territorio habitable: una mota de confeti verde, como los franceses llamaban a estos atolones, perdida en un infinito campo de azul.

Nacida en Honolulu, hija de un contraamaestre de primera clase hawaiano y de una azafata de vuelo tahitiana, criada en las bases navales de Guam y Samoa, y educada en una universidad enorme del Medio Oeste americano, Ina Aroita trabajó durante años como camarera para una cadena hotelera de lujo en Papeete, Tahití, antes de recorrer doscientos cuarenta kilómetros en barco hasta Makatea para cultivar un huerto, pescar, tejer un poco, criar a sus dos hijos e intentar recordar por qué estaba viva.

Makatea fue el lugar donde Rafi Young se reencontró con ella al fin. Y en esa isla, ambos se casaron y formaron una familia lo mejor que pudieron, lejos de la creciente tristeza del mundo real.

Cuatro años en Makatea convencieron a Ina Aroita de que su único propósito en la vida era disfrutar de su marido cascarrabias y de sus dos hijos: el cangrejero Afa y la tímida bailarina Hariti. Cultivaba cosas: ñame, taro, árbol del pan, castañas, berenjenas, aguacates. Fabricaba cosas: esculturas de conchas, cestas de pandán y piedras pintadas con mandalas. A veces, alguno de los pocos turistas que navegaban hasta Makatea para ver sus fabulosas ruinas o escalar sus espectaculares acantilados le compraba algo.

Ina Aroita construía sus artefactos playeros en el jardín, de manera que convirtió la franja de selva situada detrás de su casa restaurada en un museo al aire libre para nadie. Los zarcillos de *Homalium* y *Myrsine* crecían sobre su obra y la cubrían de verde del mismo modo que la selva enterraba las piezas de motor oxidadas y los restos del ferrocarril de la época de las minas de fosfato.

Aquel sábado, madre e hija peinaron el tramo entre las líneas de pleamar y bajamar en busca de riquezas. Los tesoros eran abundantes: conchas de almejas, cangrejos y caracoles, y bonitos trozos de coral y obsidiana pulidos por el oleaje despiadado. Caminaron por las rocas salpicadas de sal hasta donde rompían las olas. Las piezas del increíble botín, escondidas a plena vista, se esparcían por doquier.

Hariti encontró una piedra azul plana que brillaba si la mojaba.

—¿Es una joya, mamá?

—Uy, claro que es una joya. ¡Como tú!

La niña decidió que no corría peligro si se reía. Metió la piedra en una bolsa de malla para subirla a casa. Más tarde, ella y su madre planearían juntas qué hacer con todos esos objetos suaves, moteados y relucientes.

Mientras buscaban, Ina Aroita le contó a su hija la historia de Ta'aroa.

—¿No es increíble? ¡Construyó el mundo con la cáscara de su propio huevo!

A Ina le había contado esa historia su madre en el puesto de helados de la playa de Waikiki, a tres kilómetros de Diamond Head, cuando tenía siete años. Y ahora se la enseñaba a esta nueva y extraña artista de siete años que necesitaba con desesperación mitos sobre iniciativas arriesgadas. El mundo, con todo su contenido brillante y sorprendente, se había creado a partir del aburrimiento y el vacío. Todo empezó con la quietud y la espera. La historia perfecta para contársela a una niña tan oscura y preocupada.

Ina estaba llegando a su parte favorita, donde Ta'aroa llama a todos los artistas para que lo ayuden, cuando Hariti soltó un grito espeluznante. Ina se abalanzó sobre las rocas donde se encontraba su hija en busca de la amenaza. Con Hariti siempre había una amenaza. Sus padres biológicos murieron justo cuando ella alcanzaba la edad de la memoria y nunca olvidó que el mundo estaba siempre listo para arrebatárselo todo.

Fuera cual fuera la amenaza esta vez, Ina no la veía. En toda aquella playa no había nada con la capacidad de hacerles daño. La costa estaba completamente despejada a lo largo de la orilla combada y alrededor de los promontorios que conducían hasta el asentamiento fantasma de Teopoto, en el extremo más septentrional de la isla. Aun así, la niña, que se impresionaba con facilidad, seguía inmóvil sin dejar de gemir.

El terror se encontraba a dos pasos de sus piececillos descalzos. En un hoyo poco profundo de la playa yacía el cadáver de un ave. Tenía las alas laxas, las patas estiradas y la cabeza picuda hacia un lado: un albatros, muerto desde hacía mucho tiempo. No había crecido del todo, ya que las alas de un albatros adulto habrían medido dos veces la altura de Ina Aroita. Con todo, el pájaro desparramado sobre la playa era casi tan grande como Hariti.

Los tejidos blandos se habían disuelto y formaban un contorno dorado contra la arena gris. Los restos pinnados de las alas podridas parecían hojas de palmera secas. Dos grandes palos —los húmeros de la criatura— brotaban de las cuencas vacías de los hombros. La silueta todavía pugnaba por levantarse y emprender el vuelo.

Un trozo de esternón y las delgadas bandas marrones de una costilla endeble encerraban lo que quedaba del abdomen. Y dentro de ese pecho, inmunes a la descomposición, yacían dos puñados de trozos de plástico.

Hariti volvió a gritar y, con el pie, lanzó arena hacia la cosa muerta. Dio un paso hacia el cadáver con asco, como dispuesta a pisar los restos y a pulverizarlos. Su madre tiró de ella hacia atrás con demasiada fuerza. Pero el susto de aquel tirón, de aquel agarre firme, detuvo por fin sus chillidos.

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué tiene dentro? —preguntó en inglés, una nueva costumbre que Ina Aroita trataba de impedir.

—*Il a mangé un truc qu'il n'aurait pas dû.* —Comió algo que no debía.

—¿Como comida basura?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué comió comida basura, mamá? Es un pájaro. Los pájaros comen comida buena.

—Se confundió.

Las respuestas de Ina convertían el mundo en un lugar aún más terrorífico. La niña apretó la cara húmeda contra el muslo desnudo de su madre.

—Da mucho miedo, mamá. Haz que se vaya.

—Es una criatura, Hariti. Deberíamos enterrarla en condiciones.

A la niña le entusiasmó la idea, ya que le encantaban tanto los rituales como hacer hoyos en la arena. Pero cuando Hariti empezó a arrojar puñados de coral y conchas pulverizados

sobre el cadáver, Ina Aroita volvió a detenerla. Ina metió la mano en el pecho del ave en descomposición y sacó dos tapones de botella, una tapa dosificadora, un bote de película negra con un mínimo de quince años de antigüedad, un mechero desechable, varios metros de sedal de monofilamento enredado y un botón con forma de margarita.

Guardó el colorido botín en la bolsa de malla junto con los demás tesoros de la mañana.

—*Nous pouvons faire quelque chose avec ceux-ci.* —Podemos hacer algo con esto.

Pero no tenía ni idea de qué.

Erigieron una tumba en forma de montículo, redonda y lisa. Hariti quería colocar una cruz en la cabecera, como en las tumbas de los dos cementerios de la isla. Así pues, fabricaron una cruz con ramitas de hibisco y la clavaron en la arena. Luego, forraron el montículo con conchas de caracol verdes y piedrecitas amarillas.

—Reza una oración, mamá.

Ina se detuvo para elegir la lengua. Ese pájaro confuso tal vez hubiera llegado desde la Antártida a través de Australia o Chile. Habría vivido la mayor parte de su vida en el agua. Ina pronunció pues unas palabras en tahitiano, ya que ni el francés ni el inglés parecían apropiados y no conocía ninguna de las variedades del tuamotuano lo bastante bien como para decir algo útil.

Un cuarto de hora después del breve funeral, la hija de Ina saltaba de nuevo las olas mientras encontraba joyas nuevas, como si la muerte por ingestión de plástico fuera solo otro mito inescrutable, tan misterioso como un dios acurrucado en un huevo giratorio antes del principio del mundo.

Padezco lo que los informáticos llamamos latencia. Una retrocesión al pasado, como hizo mi madre en sus últimos años. Esta maldición no siempre es hereditaria, aunque a veces sí. ¿Quién sabe? Puede que mi madre también la tuviera. Puede que detrás del accidente que la mató hubiera una enfermedad no diagnosticada.

Los últimos meses y años se vuelven borrosos al mismo tiempo que los acontecimientos fundamentales de mi infancia se solidifican. Al cerrar los ojos, veo mi primer dormitorio en la torre de nuestro castillo de Evanston con más detalles de los que debería permitir la memoria: la mesa de estudio llena de tiburones y rayas de plástico, la estantería de libros sobre fondos marinos, la pecera redonda con gupis y colas de espada, y el armario repleto de máscaras y tubos de buceo, de abanicos de mar secos, de trozos de coral y de fósiles de peces del periodo devónico comprados en la tienda de regalos del acuario Shedd.

En la pared de mi cama, enmarcado, había un artículo del Trib con fecha del 1 de enero de 1970: «Los primeros de la fila en la nueva década». Debí de leerlo mil veces cuando era pequeño. En la foto en blanco y negro aparecía yo, el recién nacido Todd Keane, traído al mundo en el hospital Saint Francis de Evanston una fracción de segundo pasada la me-

dianoche, mirando fijamente a la cámara con perplejidad infantil mientras intentaba concentrarme en el gran misterio que se cernía frente a mí.

Don Primero de la Fila: mis padres me llamaron así durante años. Era algo que de pequeño me provocaba cierta presión. Como hijo único, me tomé mi título y mis prerrogativas muy en serio. Asumí la obligación de convertirme en la primera persona en alcanzar el Futuro.

Y aquí estoy, triunfante al fin.

Mi madre no quería estropear su cuerpo perfecto con un parto, pero mi padre necesitaba a alguien con quien jugar en casa al ajedrez a cualquier hora del día o de la noche. No sé cómo resolvieron el asunto. Quizá echándolo a piedra, papel o tijera. O tras una demostración de destrezas. O en un juicio simulado o un debate al estilo de Oxford. Tal vez nací por una tirada de dados.

Mi infancia estuvo dominada por una guerra constante entre ellos. Esa competición se propiciaba tanto por la lujuria como por el odio y cada uno empleaba sus diferentes superpoderes en el combate. Mi padre: la fuerza de la manía. Mi madre: la astucia de la opresión. Yo era un niño de cuatro años precoz cuando me di cuenta de que mis padres estaban atrapados en una contienda donde debían infligir al otro el mayor daño posible sin cruzar la línea de la fatalidad: únicamente la cantidad de dolor necesaria para desencadenar una excitación que solo podía provocar la rabia. Era una especie de estrangulación del alma autoerótica recíproca en la que ambos participantes eran emisores generosos y receptores agradecidos.

Mi padre era un hombre rápido, tan rápido que una buena parte del resto del mundo le parecía tedioso. Trabajaba en la Board of Trade de Chicago en la era anterior a la negociación

electrónica. Era un guerrero del sistema de corros que se colocaba en el centro del octágono mientras las olas furiosas del capitalismo rompían a su alrededor. Cuando miraba con frialdad los miedos ajenos y sacaba provecho de ellos, su cerebro no distinguía entre la emoción y el estrés. A fuerza de mantener la calma mientras los demás se inflaban y explotaban, de ganar y perder cantidades ingentes de dinero con pequeños giros de la mano y chasquidos de los dedos (acompañados de gritos delirantes), llevaba tanto tiempo inundando su corteza cerebral de neurotransmisores que ya no era capaz de funcionar sin una constante amenaza de bajo nivel a su bienestar. Y mi madre, ama de casa, se la suministraba con diligencia.

Había otras dosis en forma de descapotable 450SL trucidado, de un Cessna Skyhawk que guardaba en el aeropuerto de Midway y que le gustaba sacar a volar cuando hacía mal tiempo, y de una amante que llevaba una Smith & Wesson modelo 61 sin licencia en un bolso de cuero Louis Vuitton.

Mi madre era una romántica encubierta. Cuando se enteró de la vida secreta de mi padre, contrató a un detective privado para localizar a un chico que la adoraba en el instituto New Trier y que llegó a jugar al béisbol como utility en la cantera de los Cubs durante varios años antes de invertir en un concesionario de AMC en Elk Grove. No paraba de romper y reconciliarse con él en lugares semipúblicos, casi rogándole a mi padre que acabara con aquello. Mi padre mordía el anzuelo amorosamente una y otra vez.

No me malinterpretes: si para ser rico había que tener unos padres inútiles, lo aceptaba. Me encantaba ser rico. Los premios de consolación eran abundantes y extraordinarios. Pero odiaba a mi padre por traicionar a mi madre y odiaba a mi madre por traicionarme a mí. Aún no era lo bastante mayor para saber fingir que todo saldría bien. El secreto parecía estar en encontrar otro lugar donde vivir.

Encontré ese lugar bajo el lago Michigan. Cuando mi mente se aceleraba y el futuro se abalanzaba sobre mí con cuchillos, lo único que me ayudaba era mirar desde el castillo y verme caminando por el fondo del lago.

Bajo el agua todos los dramas sonaban amortiguados. Lo sabía por los veranos en las playas de Lee Street y Lighthouse. Todos los amigos y enemigos parecían fluidos y mansos, mientras se arrastraban a través de la resistencia líquida con un lánguido tono azul verdoso. En el fondo del lago no había gente. No imaginaba un lugar mejor para vivir.

Mi padre se hizo daño en la espalda mientras esquiaba con su amante en Big Sky. Se quedó a pocos milímetros de la parálisis total. El dolor lo incapacitó y tuvieron que operarle de urgencia. Mi madre me llevó a Montana para verlo como nunca antes: postrado y casi benévolo. Se miraron y se cogieron de la mano, fusionados de nuevo por el cuasidesastre. Pero en cuanto la enfermera salió de la UCI, se abalanzaron mutuamente al cuello del otro.

—Me dijiste que estabas en un congreso en Nueva York.

—¡Qué ingenua eres! ¿Para qué iba a ir a un congreso en Nueva York un corredor de bolsa de Chicago?

Ella susurró, como si yo no la oyera:

—Eres un cabronazo de mierda y me voy a divorciar de ti.

—¡Llegas tarde! —Los ojos brillantes de mi padre bailaban en oxicodona—. Mis abogados ya están arreglando los papeles.

Mi madre soltó un grito ahogado y todo su cuerpo se plegó. No se puede jugar al póquer con un corredor de bolsa, sobre todo si le da igual ganar o perder. Mi padre solo quería anotarse un tanto más.

Estiró el brazo bueno para agarrarla de la cintura.

—Te quiero —dijo—. Te lo crees todo.

Nunca dejaron de amenazarse con el divorcio. Una noche de junio, cuando yo tenía cinco años, don Primero de la Fila estaba en la mesa de estudio de la tercera planta del torreón del castillo, acobardado por los gritos que llegaban desde la cocina, dos plantas más abajo. La voz de mi padre era tan enérgica como la de un locutor.

—¡Zorra! Estoy deseando librarme de ti.

Mi madre bufó.

—¿Librarte de mí? Qué cabronazo eres. Pues te quedas con Toddy, que para eso fue idea tuya.

Luego hubo más gritos, después nada en absoluto y, por último, unos gritos suaves de satisfacción animal que pedían más.

Miré al lago y, tal y como había aprendido, me dispuse a sumergirme en él. Anduve por el fondo del misterio verde y silencioso hasta Michigan, que imaginaba como un territorio de dunas y hierba de playa.

Ese verano, los pinchaguas se morían. En todas las playas de la ciudad, cientos de miles de peces yacían podridos. Aunque tarde, me di cuenta: cuando caminaba por debajo del agua hacia otro estado, el lago no estaba vacío, como su superficie demostraba. Rebosaba de seres vivos. Al principio, esto me aterrorizó. Pero enseguida se convirtió en algo maravilloso. La siguiente vez que caminé por el fondo del lago hacia Michigan, fue entre bancos de peces que acudían a examinarme como si yo fuera la cosa más asombrosa del mundo.

Por eso, no lo olvides: pese a los centenares de horas de vídeo, las innumerables entrevistas, las dos biografías (ninguna de ellas autorizada), los cientos de miles de páginas web y

documentos sobre mí y sobre mi compañía, los millones de correos electrónicos, mensajes de texto y transcripciones telefónicas, las interminables migas de pan digitales de una vida vigilada en la pecera pública y todo lo que esos datos insinúan, en el puzle de mi vida nada tiene sentido sin esta única pieza.

Es algo simple y minúsculo, pero nunca se lo he contado a nadie salvo a ti.

De pequeño, sabía respirar bajo el agua.

Patio de recreo

Una novela apasionante donde el autor de *El clamor de los bosques* reflexiona sobre lo que significa vivir en un planeta moribundo reimaginado por la inteligencia artificial.

Evie Beaulieu, de doce años, se sumerge en una piscina de Montreal atada a una de las primeras escafandras autónomas del mundo. Ina Aroita crece en las bases navales del Pacífico con el arte como único hogar. Dos polos opuestos en un instituto de élite de Chicago se vinculan gracias a un juego de mesa de tres mil años de antigüedad; Rafi Young se perderá en la literatura, mientras que el trabajo de Todd Keane conducirá a un sorprendente avance de la inteligencia artificial.

Todos ellos se reúnen en Makatea, una isla de la Polinesia Francesa marcada por la historia, cuyos depósitos de fósforo contribuyeron en su día a alimentar al mundo. Ahora el diminuto atolón ha sido el elegido para la próxima aventura de la humanidad: el lanzamiento de ciudades flotantes y autónomas a mar abierto. Pero antes, los habitantes de la isla tienen que votar para dar luz verde al proyecto o expulsar a los colonizadores marinos.

AdN

3655076

